

**Vigencia de Eduardo Caballero Calderón  
(con apostillas sobre su novela *El arte de vivir  
sin soñar* y su posición ante la problemática  
de la independencia colombiana)**

***Hernán Botero Restrepo*  
Universidad de Antioquia**

*Recibido: 5 de agosto de 2010. Aprobado: 1 de octubre de 2010 (Eds.)*

*Este texto está dedicado a la memoria entrañable  
e inagotable para mí, de Natalia Pikouch.*

**El novelista**

A Caballero Calderón los más de sus lectores actuales en Colombia –no hay que dejar de señalar que fue traducido a no pocas lenguas extranjeras– lo recuerdan como novelista, por ser el autor de *El Cristo de espaldas*, al superar en esta novela los estereotipos de burdo verismo de la llamada “novela de la violencia”. En *El Cristo de espaldas*, la descomposición social en un ambiente pueblerino estalla cruentamente, sin que el narrador emita juicios ético-políticos de cariz dogmático, y como si del padre Casafús, el Luterito de Tomás Carrasquilla se tratara, trasladado de las guerras civiles colombianas decimonónicas a los días iracundos, que fueron muchos, que precedieron y sucedieron al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, es protagonizada por un sacerdote que ve frustrados sus deseos de conciliación y paz, por la ardentía implacable del conflicto y la rigidez maniquea de la jerarquía eclesiástica frente a éste.

*Siervo sin tierra*, novela posterior forma con *El Cristo de espaldas* una especie de díptico, de unidades independientes; en ella el protagonista Siervo Joya campesino pobre de solemnidad, lucha desesperadamente

—algunos han dicho que con inverosímil incompetencia- por hacerse a un minifundio por más pequeño que sea- fracasando de modo rotundo en su intento. Según cuenta la hija del novelista, Beatriz, en su libro *Papá y yo*, a Caballero Calderón se le llegó a reducir como escritor a ser el de *Siervo sin tierra*, motivo por el que el propio novelista llegó a mirar esta novela con desapego. Por supuesto la obra novelística de “Swann”, seudónimo proustiano de Caballero Calderón, quien tradujo magníficamente un puñado de crónicas de Proust, no se agota en las dos novelas del díptico aludido. Es preciso haber leído algo más del autor de *Siervo sin tierra*, para mover a la lectura de más novelas suyas, y para que los que lo hagan reconozcan dentro de una esencial atmósfera narrativa, además de las predominantes, otras interesantes tesituras mentales y emocionales. En relación con lo anterior se debe recordar la novela corta, tal vez o sin tal vez, la obra maestra novelística de su autor: *Manuel Pacho*. Es cierto que su estilo, en lo fundamental, y el espacio narrativo, totalmente rural, ya no pueblerino, de esta corta obra, son homólogos de los de las dos novelas brevemente examinadas hace un momento, pero hay algo nuevo en esta ficción: la irrupción de una conciencia perturbada desde su origen, la de Manuel Pacho, que razona, actúa —y esto es increíble que la crítica no lo haya reconocido— como uno de los personajes “idiotas” de William Faulkner. Hay algo más concretamente faulkneriano, en las páginas que desarrollan la peripecia del héroe semi-idiotita de Caballero Calderón: el argumento recuerda el de una de las obras capitales del escritor norteamericano: *Mientras agonizo*, sin que no obstante haya que pensar en una influencia consciente de ello, sino más bien en afinidades electivas en ambos autores. No se va a resumir en estas líneas el argumento de ninguna de las dos obras homologadas, pues uno de los propósitos que las anima es lograr suscitar el interés de los lectores por una y otra. Es oportuno indicar que el prólogo de Antonio Caballero, en la edición de la editorial Norma a *Manuel Pacho*, yerra en la insistencia crítico-negativa con que se considera la ignorancia política del personaje que da título a la obra y sin la cual *Manuel Pacho* no sería quien es, y en la ausencia de cualquier señalamiento de los méritos estéticos de la novela. Cabe recordar que, seguramente pensando en ello, José Luis Díaz Granados en la entrada a Caballero Calderón del *Diccionario de autores hispanoamericanos* de la editorial Andrés Bello, advierte en él el influjo de Joyce. Más importante que esto es el que el propio Caballero Calderón en uno de sus ensayos se refiera a la necesidad de leer y profundizar en las obras de Proust y de Joyce.

Ningún motivo podría alegarse para dejar de lado *El buen salvaje*, con el que obtuvo Caballero Calderón el premio Nadal de novela en 1965. Nada más irónico que su título; sí, es el buen salvaje de Rousseau, pero a contrapelo, en clave de parodia. De modo sinóptico la trama *El buen salvaje* cuenta cómo un joven colombiano marcha a París para hacerse conocer como novelista o mejor a hacerse novelista y fracasar de modo penoso en sus intentos por lograrlo. Es innegable que la tragedia del fracaso como creador del protagonista es presentada con un cierto desdén por el narrador, pero la prosa de la obra es airosa y convincente. Cuando el crítico Álvaro Pineda Botero la aborda en sus “Ensayos sobre la novela colombiana en el siglo xx”, la acumulación de argumentos críticos despectivos más que negativos, no se compadece con los logros de Caballero Calderón en la obra, entre los cuales se destaca su visión de París, ciudad que llegó a fascinarle.

Caballero Calderón escribe durante sus últimos años otras dos interesantes narraciones sobre la realidad social colombiana: *Historia de dos hermanos* y *Cain*, y otra misteriosamente desaparecida de los catálogos editoriales y de las bibliotecas, sobre la últimos momentos de los ocupantes de un avión, que terminará estrellándose: *La penúltima hora*, que muy pronto avergonzó a su autor y a sus lectores asiduos, como si de una novela comercial del género catastrófico se tratase, al estilo de *Aeropuerto* de Arthur Hayley. Signos de renovación pero también de cansancio creativo se advierten en *Azote de sapo*, novela en la que la concepción mágica de la vida de los indígenas motilonos se mezcla con un motivo propio de la Ciencia ficción más desmesurada en su concepción de la realidad humana.

No queda para el propósito de este artículo, antes de pasar a examinar su primera y atípica novela *El arte de vivir sin soñar*, sino hacer referencia a su ciclo descriptivo y narrativo de *Tipacoque* y a sus poéticas *Memorias infantiles*, como a un grupo de obras en las que Caballero Calderón, vierte su amorosa intimidad con la vida del campo y su propia trayectoria como niño soñador, lleno de felices recuerdos.

Debido al olvido en que la cultura colombiana ha tenido su primera novela y porque en ella se pueden detectar los puntos de vista propios del autor a propósito de los temas colombianos e hispanoamericanos de los que se ocupó (aunque esté ambientada en un mundo que no es directamente el latinoamericano), se presenta a continuación un comentario detallado sobre la misma:

*El arte de vivir sin soñar*

Por sus coordenadas tempo-espaciales: Asia, la Persia de hace un milenio, la ruta hacia América por el estrecho de Bering, pero sobre todo por su amplitud temática, se diría que no hay temas pequeños en esta novela-fábula, podría decirse que esta obra es tan atípica, en el corpus de la ficción de su autor como *La penúltima hora*, pero la atipicidad de la creación juvenil expresa una variada serie de inquietudes trascendentales que lo siguen siendo hasta el día de hoy. Los grandes temas de la ópera prima en el género novelístico de Caballero Calderón son, no taxativamente enumerados: la felicidad del hombre individual y en colectividad, el gozo y la tristeza de la vida en el mundo oriental antiguo y en el occidente capitalista y socialista, la vida y la muerte en relación a la realización del ser humano y sus diversas actitudes ante ambas, la riqueza y el deseo de poseer cada vez más, la pobreza, la sabiduría de los sueños o mejor de la ensoñación y la monotonía de lo mecánico, asociada la primera a la felicidad y la última al hastío y la desdicha. La diégesis cuenta de un príncipe, Amín, de un minúsculo reino en Salem, la imaginaria y mínima ciudad-reino enclavada en un oasis del desierto persa, en donde todo es pobreza pero, a la vez está enriquecido por la imaginación típica de los sueños islámicos, y de su peregrinación, acompañado por un mendigo-mago hacia el Sur, mas “sin volver la espalda” y que al final coincide con lo que diez siglos más tarde se va a llamar Canadá, donde desengañados de los viajes meramente espaciales como medio para desentrañar el secreto de la vida, intentarán el viaje al “después”, en el tiempo, por medio de la ingestión de una milagrosa pócima, que los mantendrá en una especie de catalepsia criogénica, por un tiempo indefinido que se concreta en los mil años dormidos del viaje hacia el futuro. La geografía de *El arte de vivir sin soñar*, fusiona con gran acierto, lo geográfico científico y lo geográfico legendario; lo único que el autor no tiene en cuenta es que cuando, vuelven a la vida Amin y Ahmed, lo hacen en Salem capital de Oregón (USA), que no corresponde con el Canadá en donde tomaron la pócima milagrosa. En el reino de Salem, todo es contrapunto entre la pobreza real, que es propia del Rey Omar, por otro nombre El Muy Feliz y de sus gobernados, y la impetuosa imaginación: es como el Oriente de los escritores occidentales –se pensaría en un Pierre Loti, tan justamente olvidado, pero como en *El buen salvaje*, y mucho tiempo antes de éste en *La máquina del tiempo* de Wells– al revés, parodiando el

convencional exotismo de este tipo de narraciones, si bien hay que convenir en que el autor se excede en la parodia; en el Salem norteamericano por el contrario hay más caricatura (fiel) que desborde de imaginación: precisamente lo que les falta a los salemitas estadinenses y en general a la civilización de la máquina (esta es la opinión del narrador, de Ahmed, la de Amin y acaba por ser también la de Miss Mary, el único personaje salemita oregonense que se gana las simpatías del lector). Miss Mary emparejada al final del libro con Amin le dice a éste: “Quiero enseñarte a vivir, Amin y tú me enseñarás a soñar”; esto acaece después de que Ahmed muera definitivamente, en medio de una manifestación de obreros en huelga, pues la fuerza policiaca, que ha recibido la orden de disolver el acto político de protesta, termina violentamente con la vida del mendigo-mago, y es de suponer pues el narrador no lo explicita, con la de varios de los obreros.

Caballero Calderón a través de su narrador y sus personajes resucitados se embarca en una crítica de los sistemas de economía política de Occidente, sus guerras, sus democracias y socialismos mecanicistas que ignoran el mundo de Alá (concebido muy simbólicamente). En este viaje en el tiempo de un príncipe y un mendigo, podrían destacarse a través de una lectura muy atenta, además de la de Wells, la influencia del *Rip Van Winckle* de Washington Irving, y en la demoledora sátira de la gran industria periodística de Salem, de *El ciudadano Kane* de Orson Welles; prueba de esto último es que el magnate periodístico John Happy Peabody, es equiparado en la novela a Randolph Hearst, el inspirador del Kane de Welles.

Aislada de todas sus demás obras de ficción esta ópera prima novelística de Caballero Calderón, amerita ser leída en los tiempos que corren, por su fantasía, buen humor, y por la gran medida en que los ilumina.

Desde *El arte de vivir sin soñar* hasta *Azote de sapo*, la obra novelística de Caballero Calderón no hace más que enriquecerse, a costa de algunas caídas y no pocas contradicciones. Lo que la hace digna de ser revisitada por el lector conocedor y de conocerse por el que la ignore.

### **Eduardo Caballero calderón en relación con nuestra celebración de la independencia colombiana**

Se celebra este año el Bicentenario de la Independencia de la nación colombiana; para bien y para mal 1810 es una piedra miliar en la historia del país. Por lo pronto se podría señalar, con el objeto de mostrar con clari-

dad este acontecimiento, gran sub-tema con respecto al tema que se aborda aquí: el centenario del nacimiento de Eduardo Caballero Calderón, quien dedicó muchísimas páginas a la independencia de su patria, y se confesaba desde su posición liberal admirador irrestricto de Bolívar.

Eduardo Caballero Calderón es un autor, que a pesar de su confesado bolivarismo no sólo no omite el tema de la Conjunción Septembrina sino que le dedica todo un ensayo a dicho episodio histórico, sin que lo confunda ni relacione indebidamente con el tema de la Gran Colombia; es de tener presente además que haya fijado su atención en el conjurado-poeta, Luis Vargas Tejada, pariente remoto suyo y hay que señalar, así sea de paso, que es una lástima que no hubiese dejado una biografía o novela sobre quien es considerado el introductor de la poesía romántica y del buen teatro (con su sainete “Las convulsiones”) de las letras colombianas. Es relevante que Caballero Calderón haya admirado a Vargas Tejada y dicho de él, en el aludido ensayo que el Bolívar vuelto tirano le causaba dolor, tanto como admiración le suscitaba el autor de *Catón en Utica* y *La madre de Pausanias*, monólogos de estilo neoclásico, en los que se arremete contra ese Bolívar tirano. “Locura al fin y al cabo de poetas, asesinar al libertador para libertar a la patria”, escribe Caballero Calderón sobre la actitud tiranocida del poeta, que habiendo muerto a sus veintisiete años, al tratar de atravesar a nado un río en los Llanos Orientales, después de haber permanecido oculto varios meses en una cueva, a la que llegó, fracasada la conspiración, y a salvo de “la cólera vengativa del héroe” (Caballero Calderón dixit). De acuerdo con lo anterior éste no sitúa a Vargas Tejada en el infierno histórico colombiano, sin que ello implique que no tenga reproches que formularle; su sindéresis en el análisis de la Conspiración de Septiembre está a miles de años luz de la condenación dantesca a los tormentos del infierno cristiano al cesaricida Bruto. De haberle sido posible en el espacio y el tiempo, Dante no sólo lo habría condenado, lo mismo que a Harmodio y Aristogitón, aunque éstos se le pasaron por alto al cristianísimo poeta, por haber sido un tiranocida en potencia o frustrado, sino porque también como escribió el autor objeto de estas reflexiones, por distinguirse como “el más ateo de los septembrinos”. Interesante esta alusión al ateísmo en el contexto de una historia que de manera tan superficial se ha ocupado del aspecto religioso.

Para finalizar este acápite hay que recordar que Caballero Calderón está asociado a los temas de la Celebración del Bicentenario de la Independencia, aunque sería más apropiado hablar de su Conmemoración, y con el período

que se extiende desde 1810 a la muerte de Bolívar, porque en su libro *La historia en cuentos*, dedica a los niños hermosas páginas sobre algunos de los héroes más dignos de recordar de la Independencia Nacional.

### La inquietud colombianista

Eduardo Caballero Calderón, por los días en que se inician las publicaciones de Gabriel García Márquez, según Jacques Gilard era considerado en Colombia al menos, como el más importante escritor colombiano vivo (de esa literatura que en un momento de juvenil atrabilis autosuficiente y egolátrica consideró que era “un fraude a la nación”), se ocupó desde su primera obra ensayística “Caminos subterráneos, ensayos de interpretación del paisaje” (1933), posterior a su primer cuento *Secundino el zapatero*, y luego en otras obras ensayísticas como *Suramérica tierra del hombre y Americanos y europeos* de la problemática histórico-social de la nación colombiana en un más que correcto lenguaje, exento de frondosidad barroca tanto como de cualquier asomo pedestre, de los aspectos étnico, social, político y económico, aunque sin negligir el literario. De cualquier modo Caballero Calderón entre las muchas cosas que fue: periodista, ensayista, autor para niños, cronista del campo, soñador de un pequeño pueblo (Tipacoque) y hasta su buen alcalde en la realidad, lo fue con una voluntad y juicio tan lúcidos como provechosos. Vale la pena destacar su oposición frente a figuras, como la que le tocó padecer de Laureano Gómez, encarnación del conservadurismo ultramontano –tan absurdamente admirado por Fernando Vallejo, como lo fuera Mussolini por Fernando González, que lo fuera también del dictador venezolano, sobre el que escribió el imperdonable libro *Mi compadre*–.

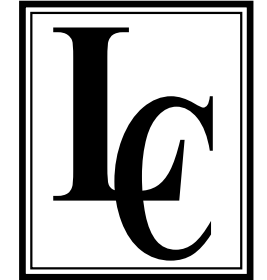
Todo lo arriba mencionado hace de Caballero Calderón un referente progresista innegable para su tiempo y cuyo valor a los cien años de su nacimiento continúa en buena parte vigente. Una de las obras más consistentes en el contexto del pensamiento crítico del autor objeto de estas reflexiones, si bien en el marco de la consideración del mundo hispánico-peninsular, *Ancha es Castilla*, y otra prueba de lo que se viene afirmando, porque no se agota en la expresión de su intenso amor por España y en especial por la región castellana.

No debe cerrarse este apartado sin señalar, que la problemática colombiana, recibe toda la inteligente, estética y amorosa atención de Caballero

Calderón en su libro *Cartas colombianas*, y en la multitud de artículos de prensa y textos breves publicados en las más prestigiosas revistas de su época, entre ellas la casi mítica *Mito*.

### Bibliografía

- Araujo, Helena. *Acerca de la narrativa de Caballero Calderón*. Bogotá: Ed. Ideas y Valores, 1968.
- Bedoya, Luis Iván y Escobar, Augusto. *Conozca a Eduardo caballero Calderón*. Medellín: Ed. Universidad de Antioquia, 1984.
- Caballero Calderón, Eduardo. *El arte de vivir sin soñar*. Bogotá-Medellín: Ed. Siglo XX, 1943.
- \_\_\_\_\_. *Tipacoque*. Bogotá: Ed. Mundo al día, 1940.
- \_\_\_\_\_. *Suramérica, Tierradel Hombre*. Bogotá-Medellín: Ed. Siglo XX, 1944.
- \_\_\_\_\_. *Ancha es Castilla*. Bogotá. Ed. Nelly, 1950.
- \_\_\_\_\_. *El Cristo de Espaldas*. Buenos Aires: Ed. Losada, 1952.
- \_\_\_\_\_. *Siervo Sin Tierra*. Madrid: Ed. Alcázar, 1954.
- \_\_\_\_\_. *Manuel Pacho*. Medellín: Ed. Bedout, 1962.
- \_\_\_\_\_. *Memorias infantiles*. Biblioteca de Bogotá. Bogotá. Villegas Editores, 1990.
- \_\_\_\_\_. *Yo el alcalde (Soñar un pueblo para después gobernarlo)*. Bogotá: Talleres del Banco de la república, 1971.
- \_\_\_\_\_. *El buen salvaje*. Barcelona: Ed. Destino, 1966.
- \_\_\_\_\_. *Obras*. Dos tomos. Medellín: Editorial Bedout, 1963.
- Caballero, Antonio. “Manuel Pacho”, en: *Manuel Pacho de Eduardo Caballero Calderón*. Colección Cara o cruz. Bogotá: Ed. Norma, 1992.
- Caballero, Beatriz. *Eduardo caballero Calderón. Papá y yo*. Bogotá: Ed. Taurus, 2004.
- Gilard, Jacques. “Para desmitificar a Mito”, en: Revista *Estudios de Literatura Colombiana*, N.º 17, julio-diciembre, 2005, 13-58.



*Reseñas*  
*Reviews*